



Sermón Dominical

REV. REBECA MONTEMAYOR LÓPEZ

DOMINGO 04 DE OCTUBRE 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA LA UNIDAD COMO TESTIMONIO DE FE JUAN 17:21

La humanidad de hoy nos duele. Nos duele en las guerras que no cesan, en las familias que huyen de su tierra, en las mujeres y los niños que cargan el peso de la violencia, en los corazones que han perdido la esperanza. Nos duele también la creación: los ríos contaminados, los bosques talados, la tierra explotada sin descanso. La herida de la humanidad es también la herida de la casa común. Pero en medio de este dolor, la Palabra nos recuerda que Jesús nuestro Señor no se apartó del sufrimiento humano, sino que lo abrazó con lágrimas y con amor.

La vida comunitaria es un don y un desafío. Jesús ora por la unidad de sus discípulos, que cada uno experimentara en medio de la comunidad vivir la fe como cuerpo, donde cada miembro aportaría su voz, su historia y su servicio. Jesús está en la última cena, justo antes de ser entregado. Es la víspera de su pasión, después de haber compartido el pan y el vino, de haber lavado los pies a sus discípulos y de anunciar la traición; es un momento de despedida. Jesús sabe que su "hora" ha llegado, y ora como quien entrega su misión y a sus amigos al cuidado de Dios. Glorifica a su Padre, Jesús pide que su entrega en la cruz sea signo de la gloria de Dios, revelando su amor hasta el extremo. Intercede por sus discípulos, ruega por su unidad: que *todos sean uno*; que sean guardados y protegidos del mal.

Pero esta oración va más allá, su oración se abre a toda la humanidad, no ora solo por los presentes, sino por los que creerán en Él a través de su

palabra. Su mirada se extiende hacia el futuro de la comunidad cristiana y hacia el mundo entero. Diríamos que esta oración es como un *testamento espiritual* de Jesús, donde la unidad, la verdad y el amor se convierten en pilares de la comunidad.

La unidad de la comunidad: corazones reconciliados

¡Qué sean uno! Jesús en su oración sacerdotal indica el camino evangélico hacia una vida común que sume y multiplique los esfuerzos por la unidad y la armonía de su cuerpo-comun-unidad. Hay que convertir el corazón, que nos une con el Padre y con el Hijo, a la vez, reconciliados con el hermano, con el cual nos une el nombre y la vida de Jesús; somos también una familia. Que en las diversas pruebas y aflicciones de la comunidad, prevalezca el amor, el respeto y la decisión por afirmarnos como cuerpo de Cristo, bendecido y necesitado. En la comunidad, nunca solos...vivamos el gozo y las pruebas, unida por un Dios, una fe, un Espíritu, un a vocación, un rebaño, un Pastor. Y ante todo *estar siempre dispuestos a guardar la unidad en el vínculo de la paz*.

¿Cómo se hace palpable esta unidad? En la comunión de la mesa -de la santa cena- que hoy compartimos es el lugar donde todos y todas, somos invitados a la mesa del Señor. Ser uno es acercarse al pan y al vino sabiendo que nadie está por encima ni por debajo, sino que todos somos invitados por gracia. Pero también la unidad se hace visible en cargar juntos las cargas de los

hermanos y hermanas, en el acompañamiento en duelos y enfermedades. No basta con decir “estamos contigo”; la unidad se hace visible cuando compartimos nuestros recursos, cuando oran, visitan y sostienen. Ser uno es llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran. Y la unidad que en la diversidad nos enriquece: los ancianos con su sabiduría; los jóvenes con su fuerza; los niños con su espontaneidad, todos con diferentes historias y experiencias, más ahora uno en Cristo Jesús, con dones y talentos, para edificación del cuerpo. La comunidad se fortalece cuando la diversidad se reconoce como regalo del Espíritu.

La unidad de la comunidad: *heraldos de buena nueva*

¡Para que el mundo crea! así ora Jesús por nosotros, estamos en la oración de Jesús. Una comunidad identificada con la obra redentora de Jesús y unida por su Espíritu, ora, ama y sirve en la pasión, el amor, la alegría y la entrega de y por los hermanos e invita con su testimonio a otros de manera espontánea, a experimentar la bendición de la vida en comunidad. Y en este camino, Jesús, el buen pastor nos acompaña.

Somos heraldos de salvación y portadores de un mensaje ineludible: ser pacificadores, como *pueblo adquirido por Dios, para que anunciemos las virtudes de aquél que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable*. (I Pedro. 2:9). El Dios que se hizo carne, que vivió con amor, murió por amor y que resucitó por amor, porque en él se han derribado todas las barreras y obstáculos para alcanzar su gracia, sólo por su compasión y misericordia ¡Para que el mundo crea en ti Jesús!

Es pues nuestra misión la de ser testimonio de novedad de vida y heraldos de salud, *porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto ni oído; pero tampoco podemos dejar de ser y hacer* un discipulado comprometido en la solidaridad, el servicio, en compartir de gracia lo que de gracia hemos recibido.

La unidad de la comunidad: *aliados con la humanidad*

La oración sacerdotal es también un eco para la creación: si somos uno en Cristo, también somos uno con la tierra que nos sostiene. La unidad que Jesús pide no se limita a la comunidad humana, sino que se abre a la casa común, invitándonos a cuidar lo que Dios ama. La humanidad nos duele, sí, pero en esa herida Dios nos llama a ser más humanos que nunca: compasivos, justos, cuidadores de la creación. Cada tradición cristiana, cada cultura, cada voz aporta un matiz único al gran mosaico del Reino de Dios. La solidaridad entre iglesias y comunidades es signo de esperanza para un mundo que clama reconciliación.

Por esto somos invitados a orar juntos por la paz, la justicia y la dignidad de los pueblos. A servir juntos: colaborar en proyectos humanitarios, acompañar a los más vulnerables, cuidar la creación como casa común. A dialogar juntos, cuando las iglesias se abrazan en solidaridad, el mundo descubre que el amor de Dios es más fuerte que cualquier frontera. La unidad que Jesús pide es un testimonio vivo: que este mensaje sea semilla de esperanza: que todos seamos uno, para que el mundo crea en la fuerza transformadora del Evangelio.

Amada iglesia, que nuestra fe sea un acto de humanidad plena. Así, en medio de la herida de la humanidad y de la creación, la oración de Jesús se convierte en una misión ineludible: ser uno en la comunidad de Jesús, con corazones reconciliados, proclamadores de buenas nuevas de salud y aliados con la humanidad como esperanza de paz.

AMEN.

Iglesia Bautista Shalom
Av. San Jerónimo 137
San Ángel.
CDMX
T. 55 5616 7732

